

LOS SOLDADOS BASCOS EN FRANCIA



L'Univers consagra un artículo á los bascos que forman en las filas del ejército francés.

«Sábese—dice—cuál es el espíritu de raza tan inteligente y brava. Un nuevo rasgo se ha conocido estos días.

En la ciudad de Auch hay de guarnición 250 soldados bascos. No salen del cuartel más que para ir á la alcaldía y á misa, y sin embargo, sus sentimientos son en general profundos. Esos jóvenes soldados viven completamente formando cuerpo aparte, y sin relaciones con otras personas. En los actuales días de Cuaresma, el limosnero parroquial militar se ha visto en la necesidad de llamar la atención del señor obispo de Bayona acerca de suceso tan desacostumbrado.

El digno prelado ha tomado las medidas oportunas para acudir á lo necesario. Un sacerdote basco estará en Auch y en Tarbes durante el tiempo cuaresmal, y además en otras poblaciones, y en París el sacerdote Sr. Uhide de los Alduides está á disposición de cuantos hablen el bascuence.

El señor obispo de Bayona llama la atención de sus diocesanos del siguiente modo:

Téngase en cuenta que Auch es arzobispado y Tarbes obispado, que no penden, por lo tanto, del obispado de Bayona.

Por su parte los señores curas procurarán portarse bien con las familias y recomendarles que no dejen de emplear cuantos medios sean necesarios para el cumplimiento de su deber, y poder ser, bajo el uniforme del soldado, buen cristiano.

La sangre bascongada no debe hacer traición á su nombre, y si la raza ha quedado tan robusta y fuerte en su constitución física, como enérgica en su constitución moral, bien se puede pensar que lo debe al esmero que pone en guardar su buen nombre religioso.»

Como consecuencia de lo que antecede, tomamos de otro periódico francés *Le Pèlerin* el siguiente edificante relato:

«Arrodillado ante la gruta milagrosa, cuando á la hora del crepúsculo ya se había extinguido el eco del último cántico en honor de la Virgen María, hallábase en extática oración uno de los Padres de la Inmaculada, cuando un soldado, acercándose á él:

—Señor cura—le dice en voz baja.

Y viendo que no le ha oído.

—Usted dispense señor cura—repite alzando más la voz;—¿querría usted oírme un momento? Vengo á...

—Perfectamente—le dice el sacerdote levantándose;—vamos á la sacristía.

Y cuando ya han llegado,

—¿Quiere usted confesarse?—le pregunta.

—No, señor cura; vengo á rogarle que me dé la Comunión.

—¡La Comunión á las cinco de la tarde! ¿Pero sabe usted lo que me pide?

—Sí, señor, que lo sé, pues esta es mi única preocupación desde que ayer me confesé.

—Supongo no ignorará usted que para comulgar es preciso estar en ayunas desde las doce de la noche.

—Y en ayunas estoy, aunque le parezca á usted raro. De servicio en el cuartel hasta ahora, me hice esta reflexión: puesto que obedecer á mis jefes es obedecerá Dios, cumplo con mi deber permaneciendo en el cuartel por la mañana, y por la tarde iré á comulgar.

—Pero estar en ayunas todo el día con un trabajo tan rudo, es un poco fuerte.

—Sí; pero, ¿no puede darse por bien empleado, con tal de comulgar? Además se lo había prometido á mi madre, por ser hoy el aniversario de la muerte de mi pobre padre (q. s. g. h.)

El sacerdote vivamente emocionado ante aquella respuesta, le estrechó la mano, y después de darle la Comunión le condujo á su casa, para que á las cinco y media de la tarde se desayunase aquel fervoroso militar, cuya conducta, digna de la mayor admiración, se ha complacido en relatar para edificación y ejemplo de todos.»

